

Lituma en los Andes (1993) **Amenaza de barbarie**

Rodrigo Chávez Terrones

Para El Rojo

*Me pareció ir descubriendo una historia terrible de mi país...
un Perú distinto a aquel en que transcurre mi vida,
un Perú antiguo y arcaico que ha sobrevivido,
entre esas montañas sagradas,
a pesar de siglos de olvido y adversidad.*

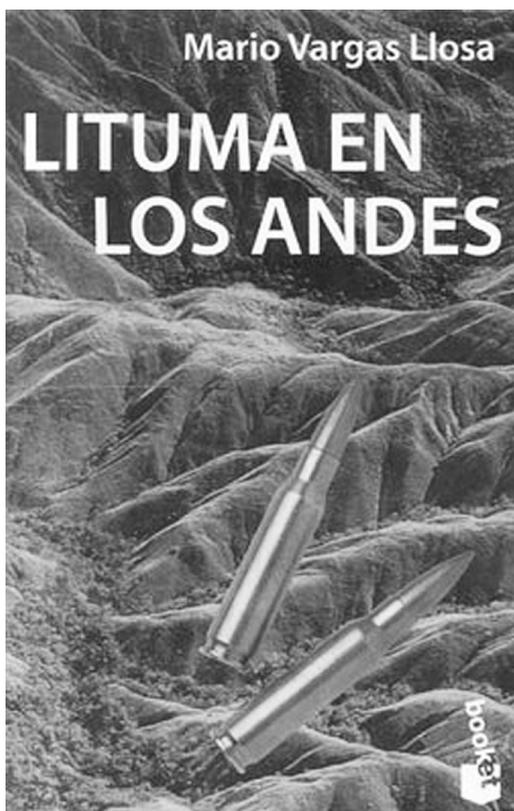
Mario Vargas Llosa. "Historia de una matanza"

Desde la primera página, MVL nos arranca del cómodo sillón en el cual estamos leyendo y nos arroja sin miramientos al fango, al frío, al soroche, a la claustrofobia del puesto de la Guardia Civil, a la inclemente altura de Naccos. Nos enfrenta a una realidad que, aún hoy, después de lo vivido, nos es ajena y bien podría considerársele como perteneciente a otro país. No lo fue, ni lo es. *Lituma en los Andes* nos enfrenta al Perú que nadie quiso ver ni ayudar, a la miseria, a una grotesca indígena que reclama —en un lenguaje

incomprensible para Lituma— por su marido desaparecido; a lo siniestro y a la barbarie. Fue por enfrentarnos a ello que la crítica vaporeó a la novela y a su autor, acusándolo de oportunista y racista por caricaturizar a los indígenas de manera grotesca y primitiva. Al terminar de leerla no fue esto lo que me pareció haber percibido.

La verdad es que *Lituma en los Andes* no es sino la crítica a Occidente, a la "civilización" que no se dignó defender al vulnerable habitante de los Andes. Una crítica que se construye sobre la base de la lógica de un espejo que distorsiona el rostro del lector para que él no sepa que se ve a sí mismo o a su propia sociedad (pasada o presente) y le muestra otro universo y otras personas; lo enfrenta a mitos, leyendas, romances tórridos (relatos que son la válvula de escape que mantiene con vida a Lituma y su adjunto Tomasito), al canibalismo y la sodomía en una cantina. En resumen, lo enfrenta a la barbarie y lo asquea, lo distancia de la realidad mostrada y le hace creer que aquellas atrocidades no son viables en su circunstancia. El incauto lector no sabe que todo lo que ha visto es una caricatura bien trabajada de su propia realidad, tan o más atroz que la ficción.

Naccos, por ejemplo, es un pueblito abandonado en algún rincón de Junín, entre las montañas, una mina abandonada y una carretera asediada por los huaicos generados supuestamente por los *apus*, una pequeña nación



condenada a muerte, tal como el Perú de los años ochenta aparentaba. Una ciudad fantasma regida desde una cantina por Dionisio, jefe de una arcaica comparsa que se dedica a fomentar el libertinaje y la perdición en su recinto. "Puedo darle un consejo. Tírese una buena borrachera y olvídense de todo. Cuando los pensamientos se van, uno es feliz", le dice al cabo Lituma. Dionisio es el líder que embrutece a su población y la mantiene atolondrada y ebria, satisfecha. Un relativista que ha dado por perdida la lucha contra Sendero Luminoso. Qué es Dionisio sino la imagen caricaturizada de todo gobernante peruano, una criatura grotesca que se humilla, humilla a otros y mantiene a sus conciudadanos en la ignorancia.

Dionisio vive aplicando un relativismo atroz con los mineros; que ellos beban hasta perder el alma y fornicuen sin miramientos, al final de cuentas todos van a morir. ¿Por qué no caer en el desbande? ¿Cuál es el objetivo de mantener firmeza moral y temple estando sitiados por los terroristas (enemigo omnipresente que jamás muestra su rostro en Naccos)? Si es tan fácil echarse al olvido, por qué no hacerlo. Está convencido de que su *modus vivendi* es el correcto y el lector no tiene manera de demostrarle lo contrario. Del mismo modo, representa el descontrol, lo místico y lo grotesco de los Andes; el aspecto más primitivo de sus habitantes.

Si Dionisio es la representación de lo grotesco, lo primitivo y de los gobernantes peruanos, Lituma es el arquetipo del peruano costeño. Un hombre nostálgico y romántico (desea escapar de su situación actual), total-

mente ignorante de las costumbres andinas, despectivo con sus habitantes y —esta debe ser la cualidad central— obligado a enfrentarse a un problema demasiado grande con recursos insuficientes y sin ningún tipo de recompensa prometida, más allá de su propia satisfacción moral. Lituma no solo debe hacer frente a un potencial ataque de Sendero Luminoso con tan solo su *Smith & Wesson*, unos rifles que hay en el puesto y la ayuda de Tomasito; sino que debe resolver la misteriosa desaparición de Casimiro Huarcaya, Demetrio Chanca y Pedrito Tinoco. ¿Por qué? Porque es lo correcto.

Esa característica lo hace entrar en aquel panteón de personajes típicos vargasllosianos. El propio Vargas Llosa los describe en una entrevista:

Son personajes apasionados que, generalmente, dan batallas contra la corriente, batallas que están condenados a perder; pero eso no les importa tanto, porque no buscan la victoria tanto como la lucha. En el responder a ese reto, a ese desafío, ellos se realizan y se cumplen a sí mismos.

Se ha mencionado el paralelo entre Naccos y el Perú, ambos condenados a muerte; la similitud entre Dionisio y un político y el modelo del costeño en Lituma. Sin embargo, el reflejo más impactante de la barbarie se encuentra en la razón de las desapariciones que el cabo Lituma procura resolver. El descubrimiento de esta es un momento climático, mas no mellará en la percepción de la novela conocerla por medio de esta reseña: el canibalismo. Doña Adriana (bruja y esposa

de Dionisio) junto a su cónyuge desean frenar la ira de los *apus*, para esto organizan a los peones de la mina y eligen determinadas víctimas para serles ofrecidas en sacrificio humano. Para los pobladores de Naccos, los causantes del terror y de los huaicos eran los *apus*; para la costa, los causantes del terror en los Andes eran una banda de delincuentes que no representaban mayor riesgo. A pesar de las diferencias, tanto la sierra como la costa eran totalmente ignorantes del verdadero peligro que acechaba en las montañas. En lo que sí coincidieron fue en la solución —es aquí donde la función del espejo se acciona— ambos recurrieron al canibalismo, los Andes ficticios de Vargas Llosa lo hicieron de manera literal: el Gobierno peruano envió a los militares a asesinar sin miramientos a todo

aquel que pudiera ser un terrorista o no. La barbarie que nos repugnó durante la lectura resulta ahora ser un esbozo apenas diferente de la realidad.

Lituma en los Andes, mezclando una prosa hipnotizante con tres narradores (uno dramático, uno omnisciente y uno subjetivo, el pensamiento de Lituma), nos presenta una historia dinámica en un lugar muerto, un escape por medio de relatos románticos y testimonios casi documentales de las barbaridades perpetradas por Sendero Luminoso. Junto con estas virtudes literarias, es también una posibilidad de mirarse a uno mismo, en aquel espejo que deforma la realidad y juzgar la barbarie pasada, para así evitar cualquier posibilidad de que se repita.